

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**CONVERSIÓN CRISTIANA Y
ACCIÓN CÍVICO-POLÍTICA**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA, 1979

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

I.- EL PECADO EN LA CONVIVENCIA ENTRE LOS HOMBRES

1. La realidad del pecado
 - a) El egoísmo
 - b) La insolidaridad
 - c) La intolerancia
2. Raíces personales y sociales del pecado

**II.- VALOR CRISTIANO DEL COMPROMISO Y DE LA ACCIÓN
CÍVICO-SOCIAL**

1. Salvación cristiana y relaciones sociales
 - a) Salvación cristiana y liberación total
 - b) Dimensión social de la salvación cristiana
2. Compromiso social y amor cristiano
 - a) Riesgo y valor del compromiso social
 - b) El compromiso social y las comunidades cristianas

III.- VALOR POLÍTICO-SOCIAL DEL COMPROMISO CRISTIANO

1. Lo que no puede esperarse de la fe
 - a) Autonomía de la política
 - b) Debilidad política y fortaleza evangélica de la Iglesia

2. Lo que debemos esperar de la fe
 - a) La fe en el hombre
 - b) El “estilo” del hombre cristiano

IV.- ALGUNAS ACTITUDES CRISTIANAS ANTE LA CONVIVENCIA SOCIO-POLÍTICA

1. Una justa valoración del compromiso y la participación en el bien de la comunidad
2. Una actitud de diálogo y de respeto a las personas y a los grupos
3. Una gozosa aceptación de los sacrificios exigidos por el bien de la comunidad
4. Una actitud crítica, unida a la voluntad de servir a la justicia y a los marginados
5. Una actitud profundamente religiosa ante los problemas humanos

EXHORTACIÓN FINAL

INTRODUCCIÓN

1. Una llamada a la conversión cristiana para la convivencia pacífica

«El verdadero sentimiento religioso no puede menos de promover la verdadera paz», nos decía Juan Pablo II en su Mensaje de Paz para el día 1 de enero de este año (“Ecclesia”, 6 enero 1979, pp. 4-8). Es ésta nuestra persuasión profunda: quien tome en serio su fe cristiana será necesariamente un creador de paz.

Vivimos en un clima cívico-social en el que la paz está lejos de ser realidad; más de uno se halla desesperanzado de alcanzarla. Todos somos conscientes de que la violencia sangrienta nos aleja de la paz. Hemos repetido muchas veces ante vosotros nuestro rechazo de aquella violencia y de todas las diferentes violencias; y todavía en el pasado mes de junio os dirigimos un escrito pastoral haciéndoos una llamada urgente a la paz. Aunque esta vez no nos referimos directamente a la violencia, nuestra invitación cuaresmal a vivir en profundidad la fe cristiana quiere ser también una urgente exhortación a vivir en paz y a construir la paz (cfr. Jr 29,11; 33,9). Ello supone un esfuerzo dinámico, lúcido y creador. No basta querer vivir en paz; hay que saber construirla en el amor y en la justicia.

Queremos pensar que al logro de este objetivo se dirigen los esfuerzos de los políticos. Entre tantas voces, asambleas, mítines y manifestaciones propios de la etapa electoral, nosotros, vuestros Obispos, os dirigimos una palabra distinta, una palabra religiosa, propia de la Cuaresma; una llamada hecha en nombre de Dios, que alcance a nuestra más personal interioridad y comprometa nuestra actuación, incluso en el ámbito político-social.

Queremos ayudaros a descubrir el valor religioso y cristiano de los esfuerzos que se hacen para construir una convivencia más respetuosa de la dignidad humana. Pretendemos también extraer del Evangelio y de la fe cristiana su aportación específica al servicio de la convivencia en paz. Esperamos que esta exhortación os ayude a vivir con más profundidad e intensidad el espíritu de la penitencia cuaresmal que, como dice el Concilio Vaticano II, «no debe ser sólo interna e individual, sino también externa y social» (SC, n. 110).

Nuestra palabra es ante todo un servicio a la fe y a la conversión cristiana (cfr. Col 1,23; Ef 3,7). Éstos son los objetivos de siempre, propios de la Cuaresma. Como todos los años, el Señor se nos acerca ofreciéndonos una oportunidad de salvación (cfr. 2 Co 6,2). En cada uno de nosotros está el abrirnos a ella con confianza; la necesitamos para liberarnos de nuestros pecados personales y sociales. Si somos más auténticamente creyentes, seremos más profundamente

humanos; el mensaje de paz y de liberación de Jesús será realidad más actual entre nosotros.

Os ofrecemos esta Carta Pastoral de Cuaresma como un material de estudio y de trabajo. Su lectura reposada, individual y en grupos, podrá servir para descubrir con más serenidad la postura cristiana ante la convivencia ciudadana. Os invitamos, en particular a los sacerdotes y educadores, a que la utilicéis en la educación de las conciencias para la paz, en el campo siempre complejo de las relaciones sociales.

I.- EL PECADO EN LA CONVIVENCIA ENTRE LOS HOMBRES

La Cuaresma es un tiempo de conversión, una invitación insistente de Dios a la vida en plenitud. Ella renueva el gozo de las metas ya conseguidas y anima en la esperanza de los logros futuros que el empeño conjunto de Dios y del hombre nos promete. Es el tiempo del enérgico realismo frente a nuestras posturas y actuaciones, para descubrir en ellas lo que es contrario a la vida de verdad, lo que se opone a aquello que Dios quiere de nosotros, lo que es pecado.

El pecado es una realidad inscrita en la intimidad de nuestras conciencias, en los comportamientos personales y en las relaciones sociales, con una densidad que nos asusta (cfr. Mc 7,21 ss; Rm 8,20). Nos impide estar en paz con Dios, en armonía con nosotros mismos, en fraternidad con los hombres (cfr. Rm 5,1; 6,13-14).

Esta postura crítica ante nosotros mismos y ante las relaciones cívico-sociales no quiere ser fruto del pesimismo, ni pretende oscurecer intencionadamente el tono de inhumanidad que siempre nos acompaña. Mucho menos olvida los testimonios de generosidad y de entrega que de tantas maneras se dan entre nosotros al servicio de la sociedad. Con todo, sólo la visión de Cristo resucitado, liberador definitivo del pecado y de la muerte, nos permite enfrentarnos, sin desaliento y con serenidad, a las sombras oscuras de nuestra vida personal y social (cfr. Jn 1,29; 16,33; Rm 8,37-38).

1. La realidad del pecado

He aquí algunas manifestaciones del pecado que oscurece nuestras relaciones humanas:

a) El egoísmo

Es la actitud fundamental de quien hace girar la vida en torno a sí mismo y a sus propios intereses privados. Puede ser también fruto del cansancio y del desengaño, ante la aparente inutilidad de los esfuerzos personales y colectivos para alcanzar las metas añoradas de justicia y de libertad.

El ideal de vida centrado en la posesión y en el consumo de todo lo que el mercado ofrece, y en el mantenimiento de un modo de vivir o de un rango social hecho de gastos superfluos, necesariamente lleva también a posiciones de insolidaridad egoísta y de replegamiento social. En tales casos el desorden social inquieta no tanto por la injusticia que revela cuanto por las repercusiones que pueda tener en la propia situación, aun cuando ésta sea moralmente injustificable.

En ciertas posiciones de ruptura social, particularmente entre las generaciones jóvenes, juegan al mismo tiempo el desencanto ante el modelo de sociedad que ofrecemos los adultos, la impotencia ante la tarea colectiva de hacer

una sociedad distinta y el halago del gozo inmediato ofrecido por una sociedad consumista y carente de sólidos fundamentos éticos.

El egoísmo se reviste, a veces, de *miedo*. No se trata del temor justificado ante las amenazas y la violencia, o ante las previsiones racionales cara al futuro económico, social o político. Es el miedo que atenaza e impide asumir el riesgo creador, y que valora más el bienestar o la posición adquirida que el logro de niveles más elevados de solidaridad humana.

b) La insolidaridad

Las actitudes y los comportamientos que hemos descrito llevan consigo el pecado de la insolidaridad. Ella deteriora muchas de nuestras relaciones interindividuales y nos conduce, en mayor o menor medida, a la ruptura con la sociedad. Queremos, ante todo, describir algunas formas más concretas de esta insolidaridad social.

El problema del paro y su incidencia particular en la juventud nos ha inquietado sin duda, pero no lo suficiente para conocer con exactitud sus dimensiones reales. Estamos lejos de haber adoptado las medidas eficaces para enfrentarnos seriamente con él. La impopularidad con que son acogidos los programas necesarios para abordar este problema, es una prueba clara de la insolidaridad social de la que todos somos responsables. Es difícil pensar en encontrar para este problema una solución válida que no repercuta en una fuerte presión fiscal que pese sobre todos nosotros. Por ello, la creación urgente de nuevos puestos de trabajo, necesaria para evitar el paro, pone a prueba nuestra disposición al sacrificio personal y a la austeridad colectiva.

La insolidaridad se da también en forma de separación, de rechazo y de falta de integración entre grupos y comunidades que poseen tradiciones histórico-culturales diferentes. No disponemos todavía, en la medida suficiente, de las instituciones socio-políticas y culturales que, al mismo tiempo, permitan y potencien el desarrollo original y peculiar de cada pueblo, y estimulen la colaboración y el mutuo enriquecimiento entre ellos. La solidaridad no es posible si se carece de los medios económicos e institucionales que sirvan de base a la afirmación de la propia identidad. Pero las dimensiones políticas de este problema no deben hacernos olvidar los problemas humanos que están en el fondo y a los que han de servir todas las estructuras políticas.

c) La intolerancia

Nacida de la aspiración de imponer a los demás el propio modo de pensar y de obrar, se hace presente en muchos comportamientos interindividuales. Es, además, una actitud paradójica pero explicable, dentro de una sociedad que quiere caminar por derroteros de mayor tolerancia y libertad. La tolerancia colectiva lleva consigo el imperativo de aceptar que las cosas no resulten como uno desearía que fueran. No es tolerante quien acepta los procesos históricos y la dinámica político-social, solamente en la medida en que coinciden con sus propios objetivos o puntos de vista.

La intolerancia puede surgir de una injustificada seguridad en la interpretación dada a la vida cívico-política por uno mismo o por el grupo al que pertenece. Eleva la propia verdad política, parcial y discutible, al rango de lo científico indiscutible, y procura por ello imponerla y exigirla a los demás.

Fijarse dogmática e inexorablemente unas metas –por legítimas que sean–, y pretender alcanzarlas a cualquier precio, hace imposible la convivencia en la paz. Ni el esquema político que se pretende implantar ni el mantenimiento de las estructuras políticas y económicas actuales son valores definitivos que puedan justificar el que a ellos se sacrifiquen el amor, la libertad o la justicia.

La intolerancia tiene una consecuencia inmediata: la eliminación de todo lo que no encaja con el propio proyecto político-social, el recurso a cualquier procedimiento eficaz y, con ello, una radical subversión de los valores humanos y éticos.

Nos estamos haciendo insensibles ante el dolor, el sufrimiento y aun la muerte violenta que tantas veces ensangrienta nuestra tierra. El respeto a la verdad, la objetividad de los juicios, los derechos ajenos y el mismo derecho a la vida, se subordinan lamentablemente a las supuestas exigencias superiores de la acción política. Se desfigura la verdad, se miente y aún se calumnia, con una alarmante falta de honestidad.

2. Raíces personales y sociales del pecado

La llamada cristiana a la conversión no puede quedar en la constatación superficial de unos hechos que registra la mirada objetiva y honrada sobre la realidad. La persona humana, cada persona, está implicada ahí. Nadie puede resolver sus problemas personales, incluso religiosos, sin encararse con esa insolidaridad descubierta. Hay que hacer un esfuerzo por descubrir las raíces del mal; hemos de tratar de hacer nuestra la mirada del Dios justo y salvador, para que ella nos purifique y nos salve.

Las raíces del mal están dentro de nosotros mismos y están también fuera de nosotros; el mal está en el corazón humano y está también en la sociedad. Sólo Dios es capaz de juzgar la responsabilidad personal de cada uno, condicionada por los comportamientos colectivos y las estructuras socio-políticas. Pero si no nos toca a nosotros juzgar las conciencias, sí nos corresponde ayudar a buscar los caminos de la auténtica salvación y liberación humana (cfr. 1 Co 3,10-15).

La liberación integral del hombre debe lograrse en la doble vertiente de la conversión del corazón y de la instauración de un orden libre y liberador. Sólo las conciencias que han puesto como norma suprema del comportamiento la ley del amor serán salvadas en la verdad; y sólo el esfuerzo solidario por promover las instituciones socio-políticas exigidas por la justicia podrá crear las condiciones sociales en que las personas y los pueblos puedan convivir en fraternidad (cfr. 1 Jn 3,11-15).

La creación de un «corazón nuevo» adquiere así una dimensión religiosa; la adquiere también la tarea colectiva de crear o de preparar una tierra nueva y unos cielos nuevos, que la esperanza cristiana nos promete a pesar de nuestros pecados e insolidaridades (cfr. Ap 21,1-4).

La negación insolidaria de la fraternidad humana y el rechazo del extraño hasta llegar incluso a su aniquilamiento son pecado. El amor, la justicia en la igualdad y la acogida generosa son gracia; quienes apuestan por ella y a ella sirven, están anticipando el Reino de Dios. Sólo quienes son conscientes de la dimensión religiosa y trascendente de la historia humana se hacen capaces de comprender y de interpretar esta empresa en su última finalidad. Los cristianos vemos brillar ahí la urgencia de una llamada que viene de Cristo, que nos compromete a ser mejores y que nos invita a hacer mejor un mundo que en Él ha de alcanzar su plenitud (cfr. 1 Co 15,24-26).

II.- VALOR CRISTIANO DEL COMPROMISO Y DE LA ACCIÓN CÍVICO-SOCIAL

1. Salvación cristiana y relaciones sociales

La salvación y la liberación ofrecidas a los hombres en Jesucristo se extiende a la totalidad de las relaciones y de las decisiones que van tejiendo la historia personal de cada uno y la más amplia historia de los pueblos y de la humanidad.

a) Salvación cristiana y liberación total

No se pueden separar las tareas por las que los hombres construyen la ciudad terrestre de aquellas otras mediante las cuales preparan su destino futuro y definitivo. Seguir a Jesús, convertirse a Él, y en definitiva creer en Él, es aceptar una forma de ser, de estar y de actuar en relación con los demás. Ser cristiano es vivir en Él y desde Él la totalidad de la única vida anudada en torno a la conciencia personal y a la propia subjetividad.

Vivir en Jesucristo es para nosotros, los creyentes, compartir ya desde ahora el vivir en Dios, insertos en el ámbito de lo divino que sostiene y fortalece, que anima y estimula, que asegura la vida definitiva. Así lo sentimos en la experiencia gozosa de lo que significa vivir con esperanza la entrega liberadora al servicio de los demás en el amor (cfr. 2 Pe 3,12-13).

La salvación cristiana no es algo que sucede fuera de la vida humana. Ella es una liberación integral: liberación de la autosuficiencia y del egoísmo individual y colectivo; liberación de la explotación y de la dominación padecidas; liberación también de todas aquellas formas de injusticia de las que nosotros mismos, con mayor o menor responsabilidad y culpa, somos causantes. Por ello, la salvación cristiana requiere la colaboración de las personas y de los grupos organizados política y sindicalmente, para suprimir todos los obstáculos que se oponen a la dignidad del hombre, imagen de Dios. La participación activa de los creyentes en tales grupos organizados es, por tanto, tarea noble, en nada ajena a su fe e incluso motivada por ella.

b) Dimensión social de la salvación cristiana

La manifestación más inmediata del amor que tenemos a Dios debe ser el esfuerzo colectivo por hacer una humanidad fraternal. La conversión personal no se realiza sólo en la interioridad de la conciencia, ni siquiera en el ámbito de las relaciones interindividuales. Hemos de saber descubrir e interpretar cristianamente lo que significa decir que el hombre nace y se hace como un ser social, aceptando el reto que ofrece hoy al amor cristiano el hecho de una progresiva socialización.

La dignidad de la persona humana exige que se impida la disolución de su personalidad en el juego de los intereses colectivos, de las manipulaciones estratégicas y de los cálculos globales que marginan las vidas carentes de interés político o social. Ninguna vida humana es despreciable aunque parezca inútil o mo-

lesta. El proceso de socialización, que va creciendo en intensidad y en extensión, ha de dar a luz, para que sea auténticamente humano, unas estructuras sociopolíticas liberadoras, en las que sea posible amar y servir desde la libertad personal y social.

El imperativo del amor cristiano pasa así por la mediación de la vida pública en sus múltiples dimensiones políticas, sociales, económicas y culturales. La sociedad, en vez de ser abandonada al juego ciego del azar o de los intereses de los poderosos, se convierte en el lugar donde se hace operativo el compromiso personal. También la sociedad debe ser humanizada y liberada a fin de que, penetrada por el espíritu del Dios que la envuelve y la acompaña, sea capaz de alumbrar un mundo nuevo, aunque sea con dolores de parto (cfr. Rm 8,20-22).

2. Compromiso social y amor cristiano

a) Riesgo y valor del compromiso social

Es aquí donde alcanza su verdadera dimensión religiosa y cristiana el compromiso del hombre con la sociedad, en sus variadas manifestaciones sociopolíticas, económicas y culturales. Bien es verdad que en múltiples ocasiones ese compromiso ha recortado el espíritu humano, impidiendo su apertura a Dios y a la fe. No son pocos los cristianos que, impulsados por su propia fe a la acción temporal, han experimentado, a medida que vivían su compromiso social, una especie de naufragio religioso.

Son múltiples las razones que pueden explicar este hecho: la voluntad de la eficacia a toda costa, difícilmente compatible con el sentido de la gratuidad en el amor que es propia de la experiencia religiosa; las ideologías envolventes y totalizantes, que pretenden ofrecer una falsa interpretación global de la vida humana y de la historia; la subordinación de la responsabilidad personal a la disciplina del grupo y del partido; la traición a los valores éticos, que con demasiada frecuencia llevan consigo las estrategias de acción. Éstas y otras razones pueden influir en este hecho realmente doloroso.

A pesar de ello, hemos de afirmar en la teoría y con la experiencia de los auténticos cristianos comprometidos en la realización del bien común, que el compromiso social es un lugar privilegiado para vivir el amor cristiano y para profundizar en las posibilidades que ese amor ofrece. Lo que para muchos ha sido una tentación, debe transformarse en una oportunidad magnífica para potenciar la esperanza y la caridad cristianas.

b) El compromiso social y las comunidades cristianas

Nuestras comunidades cristianas, nuestras iglesias locales, necesitan hombres capaces de impregnar de amor las relaciones sociales. Lo exige el testimonio que ellas han de dar del valor social del mensaje cristiano. Lo exige también el mismo bien de nuestro pueblo, necesitado de la fuerza purificadora que han de llevarle los cristianos que saben asumir desde su fe en el Evangelio, la llamada al servicio de la sociedad.

Quienes formamos parte de las comunidades cristianas debemos saber valorar este modo de vivir el precepto del amor. Hemos de saber educarnos para vivir así el propio cristianismo. Debemos estar dispuestos a aceptar las repercusiones, a veces molestas y contradictorias, que la fidelidad a la verdad y a la justicia pueden tener en formas de acción colectiva excesivamente asentadas en la insinceridad, en la condescendencia fácil y en la misma injusticia.

Necesitamos de hombres de temple recio, que sepan vivir con honestidad el sacrificio de la entrega y el riesgo de las empresas arduas en favor de la comunidad. Ellos serán también portadores de un Evangelio más creíble por ser más integralmente humano. Los logros de la justicia serán un anticipo de la esperanza futura; las quiebras inevitables de toda realización humana serán una llamada esperanzada a la salvación definitiva, que sólo puede venir del don gratuito de Dios (cfr. Flp 3,8-11).

III.- VALOR POLÍTICO-SOCIAL DEL COMPROMISO CRISTIANO

La convivencia humana es lugar donde se realiza un compromiso que llama a los creyentes. La fe cristiana vivida con autenticidad es, recíprocamente, una aportación eficaz a las relaciones humanas. Si lo político tiene un valor cristiano, también es verdad que lo cristiano tiene un valor político.

Esta afirmación debe entenderse, sin embargo, de manera que ni la fe sea comprendida como una teoría o un proyecto político, ni la Iglesia aparezca como una organización que entra en competencia con los grupos políticos.

1. Lo que no puede esperarse de la fe

Nos decía el Papa en el mensaje antes citado: «No pretendemos hallar en la lectura del Evangelio fórmulas ya hechas para llevar a cabo hoy tal o cual progreso en la paz». El valor cívico-político de la fe no consiste en la posesión de un proyecto único para la sociedad, de un modelo exclusivo de convivencia o de un determinado programa de acción que puedan definirse como cristianos. Ni la fe ni la Iglesia tienen una teoría política o un método de análisis propios.

a) Autonomía de la política

La aspiración cristiana última y el objeto final de nuestra esperanza en Jesucristo están más allá de toda realización humana. Por ello, a pesar de las quiebras más trágicas de la convivencia, los cristianos seguimos esperando y confiando, porque creemos en Aquél que nos llama, nos espera y nos acoge con una fidelidad eterna.

La fe cristiana reconoce el valor autónomo de los proyectos político-sociales y de las ideologías que los inspiran; pero exige que se dejen purificar permanentemente por los valores indeclinables de la honestidad, de la justicia y, en definitiva, del amor. Y es esa misma fe la que pide el clima de libertad espiritual necesario para que públicamente pueda someterse a revisión lo que, por naturaleza, tiene que ser histórico, transitorio y relativo.

Mucho menos podrá asegurarse desde la fe una determinada lectura de la realidad histórica y social. La Iglesia no puede imponer ninguna lectura de la realidad en nombre de la fe que profesa en Jesucristo y en el Evangelio; pero tampoco se debe imponer como definitiva, ni a ella misma ni a los creyentes, cualquier lectura histórica o social hecha desde una perspectiva determinada. La Iglesia habrá de defender la libertad de espíritu necesaria para no exigir imperativos éticos absolutos, derivados de interpretaciones relativas y revisables. El Evangelio ha de ser una llamada a la objetividad y a la superación de parcializaciones interesadas o desfiguraciones estratégicas. En esa misma medida, será una garantía de libertad. Los cristianos que, por militar en grupos políticos y sociales, se nutren de la lectura concreta de la realidad propia de éstos, han de evitar la tentación de considerar teórica o prácticamente tal lectura como la única posible desde la fe o compatible con ella (cfr. Lc 21,36).

b) Debilidad política y fortaleza evangélica de la Iglesia

La independencia de la Iglesia respecto de cualquier proyecto o partido político le privará del peso social que su adhesión a ellos podría asegurarle. Su voluntad de servir al Evangelio, y no a otras causas distintas, será para la comunidad cristiana, congregada por la fe y no por llamadas de otra naturaleza, un principio de austeridad y de pobreza evangélicas. Pero esa misma posición de debilidad asegurará mejor su libertad; desde ella podrá cumplir más eficazmente su misión de servicio al Evangelio y también a la sociedad.

Por esto, los cristianos empeñados en hacer una Iglesia cada vez más evangélica y servicial, hemos de aprender a poner nuestra confianza en la adhesión firme al Evangelio, mucho más que en las esperanzas que pudieran ofrecer las oportunidades socio-políticas del momento. Frente a la estrategia de las oportunidades socio-políticas, la Iglesia ha de jugar la estrategia paradójica que le dicta la fidelidad a la palabra de Dios (cfr. 1 Co 4,7-10; Ga 1,9-10).

2. Lo que debemos esperar de la fe

Muchos cristianos que desean aportar algo eficaz a la solución de los problemas político-sociales, sufren y aun experimentan un cierto sentimiento de inferioridad por no disponer de «la solución cristiana» que desearían ofrecer como alternativa a otras soluciones. No están lejos de esta postura quienes desean que la Iglesia, en nombre del mismo cristianismo, ratifique determinadas soluciones concretas, de signo progresista o reaccionario.

A estos cristianos queremos decirles con el Papa que si el Evangelio no nos da «fórmulas hechas», sin embargo «todos hallamos, casi en cada página del Evangelio y de la historia de la Iglesia, *un espíritu*, el del amor fraterno, que educa poderosamente a la paz. Hallamos en los dones del Espíritu Santo y en los Sacramentos *una fuerza* alimentada en la fuente divina. Hallamos en Cristo *una esperanza*» (cfr. 1 Co 2,12-13).

a) La fe en el hombre

Esta llamada al hombre y al espíritu que lo anima, está en la línea de la reflexión de los mejores pensadores de hoy. No hay un auténtico humanismo sin hombres; no es posible una transformación humanizadora del mundo y de la sociedad, si no se apoya en una transformación radical del mismo hombre. La Iglesia cree eficazmente en el valor del hombre. Por ello, urge la necesidad de la conversión del corazón y de la transformación de la sociedad, sean cuales fueren los cambios que ésta haya de experimentar para reducir la «humana inhumanidad» que nos atenaza.

La fe cristiana no es una antropología; no se sitúa al nivel de las ciencias humanas. Pero revela el misterio del hombre manifestado en Jesucristo; en Él conoce lo que el hombre es, la vocación a que ha sido llamado, su condición radicalmente comunitaria. No podemos caer en la tentación de olvidar lo que el hombre es, y contentarnos con decir lo que el hombre tiene que hacer (cfr. Col 1,26-28).

b) El «estilo» del hombre cristiano

Por esto, el seguimiento de Jesús tiende a producir un estilo de hombre en el que éste se realiza y, a la vez, ayuda a hacer comunidad. El hombre cristiano es:

- un hombre *libre*, que quiere liberarse más progresivamente en el empeño por configurarse al modelo de hombre libre que fue Jesús de Nazaret, libre del propio egoísmo y autosuficiencia, libre del afán de acumulación de riqueza y de poder, libre del temor al riesgo sin el que no es posible construir una sociedad mejor (cfr. Ga 5,1.13-15);
- un hombre *fraternal*, a imagen de Aquél que siendo Dios se hizo voluntariamente hombre y hermano de los hombres; un hombre que ha experimentado el gozo de ser hijo de Dios, y por ello siente la llamada a la fraternidad universal y a los caminos que la hagan posible; un hombre que, a impulsos de su fe, creará con su Maestro que dar la vida por los demás es la mejor prueba del amor (cfr. 1 Jn 4,7-11);
- un hombre *honrado*, consciente de sus derechos y obligaciones, pero leal en el respeto de los derechos de los demás; dispuesto a defender la verdad, aun cuando contradiga sus intereses inmediatos, fiel a los compromisos contraídos y contrario a la falsedad de las dobles verdades dictadas por la oportunidad o por la eficacia de la estrategia (cfr. 1 Tm 6,11-12);
- un hombre *luchador* por la justicia, porque sabe que hay pecado en el mundo y que sólo los «esforzados» (Mt 11,12) lograrán dominar los instintos de agresividad, de dominación y de opresión; porque, consciente de la propia condición de pecador, es capaz de aportar el esfuerzo necesario para crear paz en sí mismo y en la sociedad (Mt 5,6.10);
- un hombre *con fe y esperanzado* que, en la medida en que vive de Jesús y se deja «vivir por Él» (cfr. Ga 2,20), dispone de la luz, de la energía, de la constancia y de la fortaleza que son indispensables para superar las dificultades inherentes a la construcción de un mundo fraternal (cfr. 1 Ts 5,8).

IV.- ALGUNAS ACTITUDES CRISTIANAS ANTE LA CONVIVENCIA CÍVICO-POLÍTICA

A la luz de lo que hemos dicho hasta ahora, queremos invitaros a adoptar unas actitudes cristianas ante la convivencia cívico-política. Al estar apoyadas en la fe, servirán para ayudarnos a dar unos pasos hacia adelante en el esfuerzo progresivo de conversión. Al mismo tiempo, nos moverán a los creyentes a trabajar eficazmente en estrecha colaboración aun con quienes no lo sean, por el bien de la comunidad. La Cuaresma será así, en verdad, un tiempo de conversión al amor de Dios y de los hermanos.

1. Una justa valoración del compromiso y la participación en el bien de la comunidad

La gravedad de los problemas de la convivencia cívico-política, y particularmente la trascendencia de los momentos que estamos viviendo, nos obligan a enfrentarnos con ellos con seriedad. Dejando de lado toda actitud superficial o frívola, sin caer en la tentación de actitudes trágicas, atezadoras y desesperanzadas, la convivencia en la paz es una tarea que nos ha de comprometer a todos. Hemos de someter a revisión nuestras posturas ante la sociedad, porque así nos lo exige la conciencia cristiana.

La mirada del cristiano a la sociedad debe ser una mirada desde la fe. Ésta ha de ser, en último término, la que nos ayude a interpretar lo que está sucediendo en torno a nosotros. El creyente tiene que ver en la sociedad las llamadas, las realizaciones, las quiebras, los rechazos de un proyecto de fraternidad querida por Dios. Quien sepa mirar al mundo y a la sociedad con ojos religiosos, sabrá descubrir cómo quiere Dios actuar en la historia de los hombres y sabrá adherirse a ese proyecto divino.

Aquí radica la seriedad fundamental con la que los hombres hemos de enfrentarnos con los problemas político-sociales (cfr. Ef 1,8-10).

2. Una actitud de diálogo y de respeto a las personas y a los grupos

Lo exige la experiencia dolorosa de las consecuencias a las que conducen los caminos de la intolerancia, de la imposición totalitaria y de los exclusivismos dogmáticos. Pero lo exige también, y con motivaciones más profundas, la convivencia respetuosa de los derechos de todos y de la libertad de las personas y de los grupos humanos. Las confrontaciones electorales, que van a tener lugar en este tiempo inmediato, serán una oportunidad para poner en práctica nuestras actitudes de diálogo cívico y de respeto sincero a las opiniones de los demás.

El clima de libertad político-social exigido para que la convivencia sea posible en la paz, no tiene por qué ser fruto de la debilidad de las propias convicciones ni de la indiferencia ante los legítimos intereses de las personas y de los pueblos. La tenacidad en la búsqueda de los objetivos ha de ir acompañada de la

firmeza en la convicción de que, sólo en un clima de respeto ante las posturas de los demás, es posible exigir el respeto y la libertad para las propias.

Hemos de ser creadores de un clima colectivo de libertad, para construir entre todos la convivencia en la paz. Las tensiones normales en toda sociedad dinámica y creadora, no deben convertirse en presiones horizontales hechas de atentados, amenazas y temores que impidan el ejercicio de los derechos de cada uno (cfr. Ef 4,1-3).

3. Una gozosa aceptación de los sacrificios exigidos por el bien de la comunidad

El amor es portador del gozo producido por la comunicación, el mutuo entendimiento y la solidaridad. Pero el amor, la mayoría de las veces, no es posible sin la cruz de la renuncia al propio yo egoísta y a sus intereses insolidarios. No es posible crear una convivencia fraternal sin una innegable dosis de sacrificio; no es posible la paz si cada uno pretende defender lo suyo siempre, en todo y a toda costa.

Las posturas insolidarias sólo pueden superarse desde la voluntad positiva de querer el bien de los demás, aun a costa del propio sacrificio. El amor exige una comunicación de bienes no sólo en el campo puramente económico, sino también en el ámbito de las relaciones sociales, políticas y culturales. Las situaciones de cambio político y de crisis económico-social hacen más imperiosas las posturas de solidaridad humana y de fraternidad cristiana.

Los cristianos que caminamos en la Cuaresma hacia el encuentro de Cristo Resucitado, hemos de vivir la alegría que produce la experiencia del sacrificio por los demás. La muerte de Cristo es mucho más que un recuerdo histórico; su resurrección es una promesa de vida para los que saben amar. La renuncia cotidiana necesaria para hacer posible la fraternidad humana, va acompañada desde la perspectiva de la Resurrección por el gozo de vivir ya ahora una vida nueva (cfr. Ef 5,1-2).

4. Una actitud crítica, unida a la voluntad de servir a la justicia y a los marginados

La defensa de la persona humana frente a las imposiciones del medio político-social ha de hacerse desde la afirmación de la conciencia personal y del comportamiento coherente con ella. La conciencia ética debe ser el recinto último, en el que cada uno decida su propio destino ante sí mismo y ante Dios. La llamada a la conversión a Dios, propia de la Cuaresma, exige esta fidelidad radical del hombre. Quienes mantienen la fidelidad insobornable de sus conciencias a la justicia y la verdad, ofrecen la garantía de un apoyo inquebrantable y consistente a la convivencia. Nuestra sociedad necesita de hombres así.

La actitud crítica exigida por la propia conciencia, ha de traducirse en la voluntad decidida de servir a la justicia y, en particular, a los marginados. No podemos ser indiferentes a lo que sucede en torno a nosotros; hemos de tomar

partido por la causa de la verdad y de la justicia, por los derechos de las personas y de los pueblos; está en juego el hombre y su realización, particularmente cuando se trata de los marginados. Los cristianos deberíamos tener una sensibilidad especial para percibir la causa de los «pobres» y para descubrir en ellos la presencia del Crucificado.

La justicia cristiana no es sólo la de la aplicación fría de unas normas objetivas que alcanzan a todos por igual; temperada por la caridad, incorpora la preferencia por los más pobres y por los que más sufren. Ahí debe estar la preferencia política de los cristianos (cfr. Flp 4,8-11; St 2,5).

5. Una actitud profundamente religiosa ante los problemas humanos

Más allá de las crisis políticas y económicas, nuestra sociedad experimenta hoy una crisis de valores éticos. Esta crisis ética es fruto, en muchas ocasiones, de una crisis religiosa anterior. Para muchas personas, la fe religiosa ha sido y sigue siendo todavía el apoyo más firme de los comportamientos éticos y de los criterios morales. La misma entrega militante del cristiano a la tarea de construcción de la comunidad eclesial, es un verdadero servicio a la sociedad, puesto que suscita en los ciudadanos creyentes, criterios, actitudes y comportamientos que enriquecen la convivencia cívica.

La vuelta a Dios tiene que ser entre nosotros el camino para redescubrir la identidad personal y para orientar muchas vidas sin sentido, sin ilusión y sin esperanza. Frente al cansancio y el aburrimiento de tantas experiencias personales y colectivas ya agotadas, necesitamos la novedad de una experiencia evangélica redescubierta y reanimadora. Los cristianos tenemos que proponernos la tarea sugestiva y atrayente de dar ilusión y esperanza, comunicando aun sin palabras la grata experiencia de vivir con Dios en Jesucristo (cfr. Ef 2,12-14).

EXHORTACIÓN FINAL

La Cuaresma sigue siendo hoy un tiempo importante; ella nos sitúa ante la tarea siempre actual de la conversión personal. La oración, la austeridad y la penitencia, el encuentro sacramental con Cristo y con la Iglesia, la comunicación de bienes con los necesitados, son dimensiones permanentes de la vida cristiana. No deberemos olvidar en este año que la donación cristiana de nosotros mismos ha de expresarse también en los valores humanos de la convivencia cívica. Necesitamos pararnos para pensar qué hacemos y a dónde vamos. Si nuestra fe está un tanto adormecida, se nos impone una valiente decisión para ponernos cara a Dios con seriedad y con esperanza. Él no ha roto el pacto de fidelidad hecho en Jesucristo. Rehacer nuestra vida, para vivir el gozo de ser y sentirnos hijos de Dios y hermanos de los hombres, sigue siendo una posibilidad abierta a cada uno de nosotros.

Este año, queridos diocesanos, queremos invitaros a que en vuestro esfuerzo personal de compromiso cristiano tengáis en cuenta, de forma especial, las consecuencias sociales de vuestro amor cristiano. Hemos de esforzarnos por descubrir y vivir toda la capacidad que se encierra en el Evangelio y en la fe cristiana, para hacer de la sociedad un lugar de convivencia fraternal. La misma comunidad cristiana y, en concreto, nuestras parroquias deben ser encuentro donde se viva la experiencia de la fraternidad a pesar de las diferentes opciones político-sociales de los cristianos. Particularmente las celebraciones comunitarias de la penitencia tienen que ser momentos importantes en los que expresemos nuestra voluntad mutua de perdón, de reconciliación y de amor; en ellas se debe poner de manifiesto delante de Dios, la necesidad que nuestra sociedad tiene de purificarse de sus pecados colectivos y sociales.

Al acercarnos a las fiestas pascuales, hemos de recordar la continuidad de la obra del Señor Jesús por medio de los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Puede ser éste un tiempo oportuno para intensificar y revisar nuestra vida sacramental, particularmente en cuanto se refiere a la celebración del Sacramento de la Penitencia en sus formas individual y comunitaria, y a la participación activa y consciente en la Eucaristía dominical.

Esta Cuaresma de 1979 es una cita histórica de los creyentes con Dios. Si somos fieles a ella, se dejarán sentir los frutos de su salvación. Y podremos anunciar, con la alegría renovada de la fe pascual: ¡Cristo ha resucitado y está entre nosotros!

Febrero de 1979

- ✠ **José María**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Jacinto**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **Francisco**, Obispo A.A. de Vitoria
- ✠ **Juan María**, Obispo A.A. de Bilbao
- ✠ **José María**, Obispo Auxiliar de San Sebastián